

Índice

Introducción	9
--------------------	---

Primera parte

Del lanzamiento del GAN a la formación del FRECILINA

Capítulo 1. La situación política	17
Capítulo 2. Los ligamentos internos del peronismo.....	33
Capítulo 3. La odisea del cuerpo peregrino	43
Capítulo 4. Los pliegues de la memoria	61
Capítulo 5. La tensa calma	77
Capítulo 6. Prolegómenos de la provocación	95
Capítulo 7. El secreto de un nombre.....	105
Capítulo 8. El mensajero	125

Segunda parte

El camino hacia el retorno de Perón

Capítulo 9. Cuestiones de agenda	147
Capítulo 10. El retorno en marcha	167
Capítulo 11. La política: entre la tragedia y la venganza	175
Capítulo 12. En el camino de la Reconstrucción Nacional	193
Capítulo 13. Tiempo de descuento	209
Capítulo 14. De vuelta al ruedo	223

Tercera parte
De la campaña electoral a Ezeiza

Capítulo 15. La campaña y el amazón nacional	239
Capítulo 16. El mapa electoral	249
Capítulo 17. La recurrente tentación	275
Capítulo 18. Ezeiza: el desenlace	295
Conclusiones	319
Bibliografía	325

Introducción

En la primavera de 1973 dos hechos políticos conmovieron la vida de los argentinos. Juan Domingo Perón triunfó en las elecciones del 23 de septiembre con casi el 62% de los votos consagrándose por tercera vez como presidente de la nación. El plebiscito albergaba la posibilidad de que se reinicie una etapa de pacificación social y política, pero cuarenta y ocho horas más tarde, el secretario general de la CGT, José Ignacio Rucci era acribillado a balazos. La noticia conmocionó a la opinión pública y daba cuenta de que la confrontación interna del peronismo se agudizaba a pesar de la presencia física de Perón en el país. La respuesta inmediata fue el asesinato de Enrique Grinberg, dirigente juvenil de la Tendencia Revolucionaria Peronista.

El conflicto ideológico-político que sobrevino con el regreso definitivo de Perón a la Argentina interpeló al peronismo en todas sus expresiones atravesándolo de manera transversal, sin distinción de ramas y/o agrupaciones, produciendo un reordenamiento interno irreversible, que exigió la intervención del conductor y reveló la apariencia de unidad que simuló el movimiento durante el gobierno de Lanusse.

Este libro, que en su escritura original tuvo el carácter de tesis de doctorado, se encuentra atravesado por la pregunta: ¿cómo devino el proceso político en el interior del peronismo por el cual quedó dividido en dos proyectos bien diferenciados y le exigió a Juan D. Perón reafirmar los lineamientos ideológico-políticos del movimiento inclinándose por una de las partes en pugna? Este es el interrogante que recorre la investigación y a partir del cual se abre un abanico de preguntas: ¿cuáles fueron los conflictos y alineamientos que se desarrollaron en el interior de cada una de las ramas del peronismo, ya sea política (masculina o femenina), sindical o de la Juventud? ¿Cuáles fueron las tensiones y disputas entre estas? ¿Qué tipo

de relación establecieron con las organizaciones armadas peronistas? ¿Cómo se desarrolló el vínculo con Juan Domingo Perón? ¿Cómo comprender la ruptura interna que se cristalizó en Ezeiza?

A tal fin se relevó, identificó y analizó el proceso que se desató en el peronismo entre marzo de 1971 y junio de 1973 a fin de reconocer cómo sucedió su reordenamiento político durante el transcurso de aquellos años.

Para ello se efectuó un exhaustivo seguimiento utilizándose como fuente principal el diario *La Opinión*, fundado por el periodista Jacobo Timerman, un medio gráfico que adoptó el estilo de periodismo interpretativo¹ cuya principal característica era que lo noticiable no residía tanto en el hecho sino en el proceso en el cual ese hecho estaba inserto.

La Opinión incursionó en el mercado editorial a posteriori de la asunción de Lanusse y fue utilizado en esta investigación como “una matriz de decodificación de los hechos sociales, que organiza el conocimiento sobre una realidad que al mismo tiempo construye”.²

La lectura se realizó día por día, desde marzo de 1971 hasta junio de 1973, y permitió identificar los alineamientos y los nudos conflictivos que atravesaron en sus diferentes expresiones al peronismo de aquellos años. El enfoque analítico-narrativo que organizó este trabajo siguió un orden cronológico que permitió construir un relato de tipo secuencial –no sintomático– de los hechos de mayor relevancia a fin de precisar las alianzas y rupturas que se produjeron en el peronismo desde la asunción de Lanusse, tercer presidente de facto de la Revolución Argentina, hasta el regreso definitivo al país de Juan Domingo Perón.

Esta investigación no se limitó a una descripción de hechos sino que, a partir de la masa crítica de información relevada de manera minuciosa, se reconocieron las disputas internas de esos años entre los actores que participaron del entramado político nacional y del peronismo en particular.

Además se utilizaron como fuente secundaria las revistas *Primera Plana*, *Panorama* y *Las Bases* (órgano de difusión del Movimiento Nacional Justicialista) que junto a la bibliografía de referencia correspondiente a esos años, permitió profundizar el análisis. En situaciones puntuales, se recurrió también a la lectura de otros medios gráficos como los diarios *Crónica*, *Clarín* y *Página/12*.

Las entrevistas realizadas tuvieron la intención de capturar el clima de época y no conformaron la estructura vertebral del trabajo, a diferencia de

las declaraciones textuales que realizaron los protagonistas de esos años, que fueron incorporadas al cuerpo del mismo.

Esta investigación presenta en su desarrollo la tensión producida por la interacción política entre los protagonistas de las distintas ramas y las vertientes políticas y armadas del peronismo en el contexto histórico-político del período analizado.

Una cuestión a destacar de la bibliografía relevada del período fue la ausencia de un análisis que exprese la multiplicidad de tensiones y articulaciones políticas en el interior del peronismo: la cuestión sindical, ya se trate de la composición interna de los grupos existentes o del modo de intervención que tuvo la CGT; las diferencias en la rama femenina; las divergencias y los desacuerdos entre las agrupaciones juveniles durante el proceso de reorganización partidaria; así como las disputas en el Consejo Superior del Partido Justicialista en el marco del retorno de Juan Domingo Perón y de su regreso definitivo a la Argentina. Las producciones sobre el citado período se caracterizan por estar focalizadas, ya sea en el rol que desarrollaron las Fuerzas Armadas,³ o en un análisis desde una perspectiva socio histórica-económica,⁴ en una hipótesis común de lectura compartida por diferentes autores⁵ en las biografías,⁶ en experiencias militantes y también en los testimonios de quienes fueron protagonistas de la época,⁷ en escritos periodísticos,⁸ en ensayos que reflexionan respecto del peronismo y la violencia política de esos años,⁹ en una teoría del discurso o en el aporte de las misivas.¹⁰

Si es factible presuponer que la historia al igual que la memoria es un campo de batalla, en la interpretación de los hechos se juegan intereses ideológico-políticos que en muchos casos son diametralmente opuestos respecto de un personaje, episodio o ciclo de la historia.

El período investigado –1971-1973– es un intervalo donde sindicatos, partidos, organizaciones armadas y la sociedad civil se encuentran en estado de efervescencia social y política.

Durante la investigación y a los fines de una mayor comprensión, se construyó *ad hoc* una tipología que permitió la caracterización de los conflictos que se sucedieron en el peronismo definiéndolos como: 1. Vertical: conflicto que se produjo en el interior de una de las ramas, ya sea política, sindical, femenina o de la Juventud; 2. Horizontal: conflicto que sucedió entre las respectivas ramas u organizaciones armadas, y 3. Transversal: con-

flicto que dividió al peronismo atravesándolo en toda su extensión, sin quedar ceñido a la lógica político-partidaria ni de las organizaciones armadas.¹¹

Este abordaje facilitó el análisis y permitió durante el desarrollo del trabajo de investigación la identificación tanto de aquellas disputas en cuya resolución Juan Domingo Perón, poseedor de la *ultima ratio* de la decisión política, se situará por sobre el conflicto o bien le exigirá su implicación política, inclinándolo por una de las partes.

A partir de lo investigado, pudo observarse que, cuando el conflicto se desplazó de manera horizontal o vertical, la tensión interna podía ser resuelta en función de una de las partes, ya sea por los mecanismos impresos por la propia acción política o por la palabra de Juan Domingo Perón. Lo que no se produjo fue un conflicto que afectase al peronismo en su totalidad. Más aún, es factible presuponer que dichos conflictos expresaban la vitalidad política y eran constitutivos de la vida interna del peronismo. Cuando el conflicto, en cambio, asumió un carácter transversal, produjo un encadenamiento que atravesó las ramas o las agrupaciones políticas y/o armadas que lo componían y estableció una división que, por tratarse de una confrontación ideológico-política, exigió la intervención de Juan Domingo Perón y la reafirmación de la doctrina justicialista.

El conflicto ideológico-político fracturó al peronismo y lo marcó, efectuándose en adelante un reordenamiento político irreversible.

Los hechos que se consignaron han sido meticulosamente documentados y ordenados respetando la sucesión temporal en el que hicieron su aparición pública, y por medio de la escritura se trató de restituirles ese *soplo de vida* que permitiese componer el *cuadro vivo* de una época que constituyó el umbral de la tragedia argentina.

Agradecimientos

El presente trabajo recibió en su versión de tesis doctoral el aporte de varias personas a quienes deseo expresarles mi profundo agradecimiento. En primer término, a Horacio González, maestro de muchos de nosotros, que con su generosidad intelectual orientó mis lecturas y alentó mis escritos. Sus clases en la Facultad de Ciencias Sociales fueron y siguen siendo un es-

pacio para la reflexión crítica. Mi gratitud por la conversación que mantuvimos durante estos años, honrándome además con su amistad. A Eduardo Rinesi, por las interesantes observaciones a los primeros avances de la tesis, sin olvidar que fue él quien me estimuló para que escribiera en *El Ojo Mocho* mi primer artículo sobre esta época.

Al apoyo que desde el inicio me brindaron de manera incondicional Josefina Paz y Darío Dawyd, jóvenes investigadores que con entusiasmo y compromiso me ayudaron a sobrellevar las dificultades propias de toda investigación. A Violeta Rosemberg por las continuas correcciones realizadas, llenas de profesionalidad y cariño.

A los compañeros de la materia Pensamiento Social Latinoamericano, Bibiana del Bruto, Pablo López Fiorito, Gerardo Oviedo, Matías Rodeiro y Néstor Ortiz, por sus comentarios y sugerencias. A Andrea Carri por confiarme un libro de su padre. A Facundo Carman por facilitarme el acceso a las revistas de su archivo. A Yanina Anghileri por su contención y paciencia diaria. A los “memoriosos” Rodrigo Daskal, Sebastián Carasai, Ariel Lucarini y Lisandro Kahan, con quienes compartimos la amistad y las diferencias. A Fernando Marín y Pablo “Corto” Alessandrini, compañeros en la ruta sociológica.

A Cali Lazarini, Alfredo Mason, Carlos Gianella (h) y Andrés López por compartir esa monotemática preocupación llamada peronismo. A Alan Turovlin, Daniel Durán, Coco Bacigaluz, Flavio Monzón y Javier Rodríguez, por haber conformado esa tribu “polonesa” que me recibe todos los años con su candidez oriental. Y, por supuesto, a Fernando Fagnani, lector agudo, que apostó por este proyecto y no vaciló en darme su apoyo ante las vicisitudes que trae aparejada la vida.

A mis padres, Samuel y Alegre, por el continuo aliento que me brindaron. A mi hijo Diego, por la felicidad que me regala todos los días.

La tesis original se realizó en el marco del Programa de Doctorado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y contó con el apoyo de la beca UBACyT. Mi agradecimiento a los profesores que integraron el jurado: Waldo Ansaldi, María Cristina Tortti y Pilar Calveiro, por las sutiles apreciaciones señaladas.

Por una Universidad Pública y Gratuita.

Notas

¹ BERNETTI, J. L., *El peronismo de la victoria*, Buenos Aires, Editorial Legasa, 1983. MOCHKOFISKY, G., *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004. RUIZ, F. J., *Las palabras son acciones. Historia política y profesional de La Opinión de Jacobo Timerman (1971-1977)*, Buenos Aires, Perfil Libros, 2001.

² SIDICARO, R., *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario "La Nación" 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

³ POTASH, R., *El ejército y la política argentina 1962-1973*. ROUQUIÉ, A., *Poder militar y sociedad política en la Argentina II, 1943-1973*, entre otros.

⁴ "Argentina 1971. Estancamiento estructural y crisis de coyuntura", en BRAUN, O. y KESSELMAN, R., *El capitalismo argentino en crisis*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973. En el mismo libro puede encontrarse un artículo escrito por Portantiero: "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual", en PORTANTIERO, J. C. También en O'DONNELL, G., *El Estado burocrático autoritario*, y en DE RIZ, L., *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*.

⁵ PUCCIARELLI, A. (ed.), *La primacía de la política*.

⁶ PAGE, J., *Perón, primera parte (1895-1952)*. PAVÓN PEREYRA, E., *Yo Perón*.

⁷ ANGUITA, E. y CAPARRÓS, M., *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, tomo I; LANUSSE, A., *Mi testimonio. Protagonista y Testigo. Confesiones de un general*.

⁸ BONASSO, M., *El presidente que no fue*.

⁹ GONZÁLEZ, H., *Perón. Reflejos de una vida*; CALVEIRO, P., *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*; HALPERÍN DONGHI, T., *La larga agonía de la Argentina peronista*; GUERRERO, A., *El peronismo armado*; SARLO, B., *La pasión y la excepción*.

¹⁰ LACLAU, E., *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005; PAVÓN PEREYRA, E., *Correspondencia de Perón*, tomo I, Buenos Aires, Editorial Corregidor, 1985.

¹¹ La insoslayable y necesaria lectura de la obra de Ernesto Laclau nos exige señalar que los términos vertical y horizontal no poseen el sentido otorgado en esta investigación. Laclau considera que una serie de demandas no satisfechas (reivindicaciones) se presentan como equivalentes y en un momento dado se unifica la totalidad del conjunto de estas demandas alrededor de ciertas formas simbólicas globales, estableciéndose una relación horizontal que es la relación de equivalencia entre una pluralidad de demandas, y un momento vertical, que es el momento de articulación simbólica de todas esas demandas en un conjunto popular único. Este momento de articulación vertical es exactamente para Laclau lo que está implícito en la categoría de representación. Ver LACLAU, E., *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Primera parte

Del lanzamiento del GAN
a la formación del FRECILINA

Capítulo 1

La situación política

El futuro es nuestro.

Juan D. Perón

El 26 de marzo de 1971 el teniente general Alejandro Agustín Lanusse asumió como tercer presidente de la Revolución Argentina con el objetivo de institucionalizar la vida política del país. Su decisión no fue consecuencia del advenimiento del “tiempo político”, que sobrevendría luego de atravesar el tiempo económico y social.

Su decisión fue producto del estado de movilización social y política al que se había arribado: 1. Una deteriorada imagen de las Fuerzas Armadas (FF. AA.) dada la continua represión interna ejercida a los fines de contener el descontento social; 2. La presencia de grupos guerrilleros que irrumpían en la escena política, y 3. Una política económica que no había cumplido con las expectativas anunciadas por el golpe de Estado de 1966 de modernización y de Estado eficiente.

Según el testimonio de Lanusse: “El gobierno del presidente Onganía jamás pudo reconstruir la autoridad que había perdido el 29 de mayo de 1969”¹ con el Cordobazo.

A su entender, la Revolución Argentina había fracasado por haberse apartado de sus postulados originales, y dado el personalismo adoptado en las decisiones, el gobierno fue quedando sin legitimidad y sin consenso: “Ni la legitimidad de Onganía era monárquica, ya que no había llegado a la Presidencia como heredero de un trono, ni era democrática, ya que no tenía los votos del pueblo. Descansaba en la Fuerza, y hasta donde la Fuerza apoyara y consintiera”.²

Lanusse buscaba alcanzar un acuerdo que involucrase a todos los actores de la vida política nacional, instrumentando un consenso con los partidos políticos y la estructura sindical. Este acuerdo debía además persuadir al general exiliado del firme propósito de pacificar al país e indagar en la posibilidad de que condenara las acciones armadas.

El presidente de facto consideraba que era necesario instrumentar una convocatoria general que impulsara una concertación abierta a todos los partidos políticos que rechazaban la violencia y, al mismo tiempo, permitiera establecer las reglas de juego para transitar el camino hacia las elecciones y alcanzar así una salida institucional.

Se trataba de un proyecto original, que pretendía invertir “los términos de la relación entre legitimidad gubernamental y poder estatal”,³ en el que las FF.AA. seguirían conservando la decisión política, mientras administraban y reconducían una transición orientada por medio de un programa compartido que ponía en marcha los mecanismos necesarios para que a través de un proceso electoral se consagrara un gobierno “legítimo”.⁴

El proyecto del gobierno de Lanusse buscaba, según Juan Carlos Portantiero, restablecer la política “otorgándole al sistema político el máximo posible de consenso, con el reaseguro de las Fuerzas Armadas a fin de garantizar, a través de la violencia, el control de la movilización”. En un artículo excepcional,⁵ cuyo cuerpo principal fue redactado previo a las elecciones del 11 de marzo de 1973, Portantiero analizó la relación asimétrica o fase de no correspondencia entre la nueva dominación económica y la nueva hegemonía política cuyo proceso se desató a partir de 1955. Se trataba de una situación crónica de crisis orgánica en que “los partidos tradicionales con la forma de organización que presentan, con aquellos hombres que los constituyen, representan y dirigen, ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o fracción de ella”. Ante la imposibilidad de que se impusiera una hegemonía, el autor definió esta situación en el plano político social como de “empate”: “Cada grupo tiene suficiente energía como para vetar los proyectos elaborados por los otros, pero ninguno logra reunir las fuerzas necesarias para dirigir el país como le agrada-ría”.⁶ El golpe de Estado del 28 de junio de 1966 fue el intento más decidido de la fracción dominante en el nivel económico-social de superar una situación de crisis orgánica y transformar ese predominio en hegemonía a

partir de un proceso de concentración monopólica de la economía a través de la penetración transnacional, con su correlato autoritario en el plano político.⁷

Las promesas del emisario

A pocas semanas de su asunción y sin efectuar consulta alguna con el resto de los comandantes, Lanusse envió en misión secreta a Puerta de Hierro a su ayudante personal, el coronel Francisco Cornicelli. La entrevista fue pergeñada por Jorge Daniel Paladino, delegado de Juan Domingo Perón en la Argentina, previa aprobación del ex presidente. El 22 de abril se realizó el encuentro con ese tal “Vermicelli”, como lo había bautizado Perón. La reunión no tomó estado público⁸ y de la misma participaron su delegado y su secretario privado José López Rega.

A diferencia de lo considerado por el historiador Robert Potash, para quien se trató de una entrevista “que no resultó rica en hechos dignos de nota”,⁹ fue un encuentro significativo. El coronel llevaba instrucciones precisas y el anfitrión cedió la palabra a su invitado, que desde un principio afirmó que se había inaugurado una nueva etapa política, que al país se le presentaba una “oportunidad”, que había llegado el momento de “jugar limpio” (frase que en el futuro próximo sería el eslogan de la campaña oficial), de terminar con ese juego de “fulleros de póker” y alcanzar la “conciliación nacional”.

En una palabra, no es solución para el país la solución de un veinte o treinta por ciento de los argentinos. Cuando se habla de solución nacional se habla de una solución apoyada, por lo menos, por el setenta por ciento del país. Esa solución, vuelvo a repetir, implica que la trampa no va más. Creo que hace muchos años que no se producía, por ejemplo, un diálogo como el que tuvo lugar el 13 de abril entre la CGT y el presidente Lanusse. Otra prueba, es que yo estoy aquí.¹⁰

Ambos ejemplos eran atendibles. En dicha entrevista, José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT, solicitó la “salida electoral sin proscripciones

ni limitaciones”, “allanar los obstáculos jurídicos para el retorno” y la devolución de los restos de Evita.¹¹ Lanusse advirtió que “en este problema de Juan Domingo Perón pienso ir mucho más allá” de lo que se atreven a esperar.¹² Por otra parte y aunque se tratase de una misión secreta, por primera vez, después de dieciséis años, el gobierno argentino enviaba a un emisario a Puerta de Hierro. Juan Domingo Perón le expuso su visión al coronel. Cualquier intento por comprender la situación argentina exigía comprender el contexto mundial “no ya sólo continental, sino mundial”, y estos años le confirmaban al ex presidente que el mundo tendía progresivamente hacia un movimiento de base social. “No le quisimos poner a nuestro movimiento socialismo, para no espantar a la gente. Como decía el general De Gaulle, no queríamos *épater le bourgeois*”.¹³

Luego, como conocedor de una praxis política, desplegó lo que a su juicio consideraba fundamental: no se podía seguir improvisando, era necesaria una preparación humana y técnica y, a modo de ejemplo, relató su experiencia durante el gobierno del general Farrell:

Cuando tuvimos el plan, nos dimos cuenta de que la obra de arte todavía no era completa. Ahí nos dimos cuenta por primera vez y de forma fehaciente, que un gobierno no puede hacerse ni por un hombre, ni por una reunión de unos cuantos tecnócratas. Es necesario un equipo que tenga una ideología y un equipo adoctrinado.¹⁴

El país precisaba de una revolución, pero la iniciada por Onganía y sucedida por Levingston fracasó por la improvisación de todo. La revolución concebida y evocada por Juan D. Perón tenía a su entender un carácter científico, ya que era planificada, preparada humana y técnicamente y apelaba al conocimiento de “estadígrafos sociales”, encuestas y estudios monográficos.¹⁵

En cambio, la revolución a la que hacía referencia el coronel Cornicelli exigía la aceptación y el beneplácito de la mayoría y, en sintonía con el proyecto del gobierno, Cornicelli acentuó su parecer: “No hay revolución sin consenso”. Por ello, el principal objetivo que pretendía el gobierno en esta primera batalla era despertar la fe de los argentinos para alcanzar el Gran Acuerdo Nacional (GAN).

Ahora, para despertar la fe —y perdone que lo interrumpa—, se necesitan hechos, porque ya redundan las palabras y las promesas que no tienen ningún valor; son los hechos los únicos que pueden despertar la fe y la confianza, porque como usted lo dice, el pueblo está descreído y al descreído no se lo puede convencer sino con hechos.¹⁶

En el subtexto del ex presidente, la necesidad de hechos no sólo se circunscribía exclusivamente al pueblo sino también al descreído Perón. El emisorio respondió que, a diferencia de los presidentes anteriores, Lanusse había hablado de Perón mientras que muchos habían jugado la carta de su muerte y otros la de su enfermedad, y si bien consideraba que ninguna solución para el país podía depositarse en la fragilidad de la vida de una persona, deslizó:

Cornicelli (C): Ojalá que el peronismo se institucionalice en vida suya. Porque, y bueno, será por ingenuidad, pero pienso que aunque le hayan sacado el grado se seguirá sintiendo un general del ejército.

Perón (P): No, yo soy general paraguayo (risas de Cornicelli), soy general del ejército de Paraguay y ciudadano paraguayo y todo esto lo digo con mucho honor.

C: Le repito, mi general, en lo que respecta al ejército argentino, le habrán sacado el grado, pero me imagino que todavía se sentirá general.

P: ¿Por qué me habrán hecho general allá en Paraguay?

C: Sin perjuicio del respeto y cariño que les tengo a los paraguayos, para hablar con un general paraguayo, no hago 15 mil kilómetros.

P: Yo pienso que usted tiene que hablar con Perón, no con el general Perón.¹⁷

Al espíritu corporativo que apeló el coronel como el espacio común de pertenencia, Juan Domingo Perón respondió con el implacable recuerdo. Cuando sobrevino el golpe de Estado de 1955, Perón fue trasladado a la Embajada del Paraguay y luego a la cañonera “Paraguay”. En el buque de

guerra fue recibido con honores militares porque en 1954, cuando se sancionó la ley por la cual se restituían al país vecino los trofeos de la guerra de 1870, el presidente Stroessner y el Parlamento le concedieron la ciudadanía honoraria paraguaya y el nombramiento de general del Ejército del Paraguay.¹⁸

Las preguntas que afectaban específicamente a Juan Domingo Perón, las cuestiones como el grado militar que le habían quitado, la falta de pasaporte y las referidas al modo en que se iba a desarrollar su retorno a la Argentina, fueron planteadas por el delegado Jorge Daniel Paladino. Las respuestas de Cornicelli se ciñeron al guión estipulado, subrayando sus dudas personales respecto de la actitud que iba adoptar Perón ante una apertura en la que muchos ya planteaban exigencias “desmedidas”, como su inminente retorno. A su entender, mientras el general Perón estuviera convencido de que el gobierno iba a jugar limpio, iba a contar con muchos “resortes” para jugar en bien del país, y para ilustrar los pasos positivos del gobierno señaló como ejemplo el caso del cadáver de la señora Eva Perón:

Había una persona que tenía en sus manos todo el problema Eva Perón. Esa persona se llamaba Pedro Eugenio Aramburu, y Pedro Eugenio Aramburu ha hecho depositario al ejército de este problema. Y el ejército, ni bien lo tuvo en sus manos, y de esto hace ya muchos meses, dijo lo mismo que dice ahora. Es absurdo no permitir el retorno de un cadáver. Al contrario, esa carta puede demostrar la buena fe del gobierno.¹⁹

Como puede observarse, los interrogantes planteados desde el marco político institucional sólo encontraban respuestas en el campo de las concesiones personales desestimándose su condición de exiliado político.

A los fines de situar la conversación, el general Perón señaló que era el jefe de un movimiento político y contaba al igual que el general Lanusse con una institución tan importante como el Ejército, aunque ambas divergían en el modo en que se conducían, pues en política no se trataba de mandar sino de persuadir. En reconocimiento a la visita del coronel Cornicelli, Perón autorizó a su delegado a entrevistarse con el ministro del Interior, Arturo Mor Roig, sólo para dialogar, no para decidir.

Hay una cuestión. Él (Paladino) va allí y establece el enlace. Ese enlace va a contar con un gran sector que se opondrá. Dentro del sector que pueda estar en apoyo de ese enlace se va a exigir, como ya ha comenzado a hacerse con la CGT, mi presencia, para que yo pueda actuar en el país. Si esos problemas no se resuelven, yo no tengo ningún interés en ir al país. (...) Que quede bien claro que interés personal no tengo ninguno. No es solución de Perón la que yo busco que me importa tres rábanos, como le dije antes. Es que van a producirse allá los hechos, no acá.²⁰

Juan Domingo Perón le advertía sutilmente al coronel la disputa interna que iba a sucederse entre las diferentes ramas que integraban el peronismo y se reservó comentarle las instrucciones dadas a los dirigentes políticos, sindicalistas y de la Juventud que habían viajado a Madrid para tratar la organización interna y los pasos a seguir ante el gobierno de Lanusse.

Perón: Lo que yo quiero decirle es que me entienda bien que a quince mil kilómetros de distancia no es tan fácil convencer a muchos millones de argentinos que están empujados en una cosa firme.

Cornicelli: Usted en una elección decidió quién iba a ser presidente.

P: Eso es más fácil.

C: Hay otra cosa que es también fácil. En este momento hay muchos que masacran vigilantes y asaltan bancos en su nombre.

P: Eso es más fácil, habrá más.

C: Lo seguirán haciendo hasta tanto usted no defina su posición con respecto a ellos.

P: No, no, se equivoca usted. Aunque yo les diga que no lo hagan.

C: Lo van a hacer pero no lo van a hacer en nombre de Perón.

López Rega: Lo van a hacer igual en nombre de Perón.

C: No.

P: Lo van a seguir haciendo porque ese es un conflicto que tiene una raíz que ustedes desconocen.²¹

Juan Domingo Perón era poseedor de un nombre que ya no le pertenecía, que se había resignificado asumiendo diferentes sentidos y que en dicha conversación no pensaba explicar, definir ni condenar. “Todo el itinerario de Perón puede escribirse como la persistente contradicción entre el nombre y la institución, lo que constituye el núcleo agobiante de toda su reflexión política, y que finalmente queda irresuelto.”²²

En su insistencia a que desalentara las acciones armadas, el coronel Cornicelli parecía olvidar que estaba frente a un profesional de la conducción. “La escisión entre el nombre y la decisión es por demás conveniente para que el nombre se convierta en una entidad civil y en una amenaza provocadora”²³ y en “la ética del conductor” siempre es preferible disimular los verdaderos intereses que están en juego. El tiempo iba a dilucidar si la propuesta del emisario del gobierno era una simple declamación de buenas intenciones o iba a traducirse en hechos.

Fijando las posiciones

En lo que se refiere a la estructura sindical, José Ignacio Rucci asumió como secretario general, luego de celebrarse el congreso normalizador de la CGT, en junio de 1970, un año después de producido el atentado al dirigente metalúrgico Augusto Timoteo Vandor.

En la historia sindical peronista la figura del dirigente metalúrgico fue un punto de inflexión del pasaje de la resistencia —que se inicia con el golpe de Estado de 1955— a un proceso de integración, dado por negociaciones, acuerdos y rupturas del aparato sindical con el gobierno de turno. “Este proceso de integración como estrategia nacional, se construyó sobre la trama de relaciones personales entretrajidas entre dirigentes gremiales y funcionarios ministeriales en el período posterior a 1958. Desde luego, este hecho en sí mismo formó parte del proceso de corrupción de dirigentes sindicales que antes ostentaban posiciones militantes”.²⁴ Durante el período vandorista, el sindicalismo asumió un rol que trascendió sus fronteras para actuar como fuerza política, apoyándose en la legitimidad conferida por los trabajadores. Esto amplificaba el marco de acción produciendo recelos entre el ala gremial y el ala política, así como también con los partidos neoperonistas, que actuaban en distintas provincias en torno al caudi-

llo peronista local. El sindicalismo peronista, con el control de la CGT y de las 62 Organizaciones, se proponía como representante de los trabajadores, pero a la vez, como expresión política del Movimiento Peronista.

En el plano interno, la dirección sindical difícilmente podía alterarse, ya sea por, que el sindicato contaba con los recursos económicos provistos por la ley 14.455 de Asociaciones Profesionales que establecía el reconocimiento de un solo sindicato con derechos de negociación por cada rama, el pago de la cuota sindical de sus afiliados y el aporte de los empleadores que se concentraban en una dirección sindical centralizada; o por los mecanismos electivos, ya que en las elecciones sindicales la lista ganadora aunque no obtuviera la mayoría, asumía la totalidad de los cargos quedando sin representación la minoría.

La llamada “burocracia sindical” se constituyó en un estamento que por su poder de movilización, por la presión que podía ejercer en una negociación, por su capacidad de organización para participar políticamente, así como también por los recursos de que disponía, amenazaba con hegemonizar el espacio político.

En su crítica a la dirección burocrática desde el peronismo revolucionario, John W. Cooke, en un trabajo que data de 1967, consideraba que estas no habían tenido

otra política de poder que el electoralismo en frentes que gozan de beneplácito militar o el apoyo a diversos intentos golpistas que fueron configurándose. El golpismo y el electoralismo con candidatos “potables” y visto bueno militar no eran vías antagónicas sino dos hipótesis de un mismo planteo que implicaba la renuncia del peronismo a su razón de ser como instrumento de las fuerzas trabajadoras para la conquista del poder. Lo que calificamos como “dirección burocrática” es, precisamente, la imposibilidad de superar esa alternativa porque opera con los mismos valores del régimen.²⁵

Debe considerarse en el análisis dos limitaciones que configuraban la realidad sindical: por una parte, la posibilidad de que su personería jurídica fuera suspendida o intervenida, ya sea cercenando la retención de los aportes o quedando la dirección del sindicato en manos del interventor nombrado por el gobierno; por otra parte, la representación que ejercían

sus dirigentes estaba legitimada ante los trabajadores en el profesamiento del nombre de Perón. En definitiva, las aspiraciones políticas del sindicalismo no podían trascender este esquema, debiendo mantener buena relación con el gobierno de turno y cierta adecuación a los lineamientos estratégicos provenientes de Puerta de Hierro. Este acotamiento tal vez fue uno de los elementos que condujo a la denominada burocracia sindical a estar más atenta a las oportunidades que presentaba la coyuntura que al logro de un destino político. De allí los calificativos de pragmatismo o falta de ideología. En el análisis de Daniel James “el examen de esos elementos demuestra que hubo cierta coherencia, es decir, un proyecto subyacente, en la actividad vandorista. Se trató de la creación de un movimiento político, de base sindical (...) En este sentido, el vandorismo representaba la tentativa, ejecutada por esa cúpula sindical, de consolidarse e institucionalizar el poder político acumulado en manos de ellos gracias a su posición como representantes de la mayoría de los trabajadores organizados y gracias a su papel como principal expresión legalizada del peronismo”.²⁶

El punto más alto de esta confrontación entre el proyecto sindical y el límite que imponía el nombre de Perón fueron las elecciones celebradas en Mendoza en abril de 1966, en las que el candidato vandorista, Alberto Serú García, fue derrotado por Ernesto Corvalán Nanclares, el candidato que apoyaba Perón y al que el ex presidente avaló enviando en representación a su tercera esposa: María Estela Martínez. El brazo político del sindicalismo quedó dividido y en oposición a las 62 Organizaciones que controlaba el metalúrgico Vandor, se crearon las 62 Organizaciones de Pie junto a Perón, encabezadas por José Alonso (sindicato del vestido).

Según el sociólogo Roberto Carri, durante el período que Alonso presidió la CGT como secretario general, (1963-1966) pueden observarse dos líneas gremiales bien diferenciadas:

una de ellas encabezada por Vandor, era la que representaba la mayoría del gremialismo peronista. Su fuerte base de masas la tornaba despreocupada de los aspectos ideológicos y técnicos de la conducción y orientación sindical. Se lo acusaba de empirismo, de relegar la ideología a un puesto secundario enfatizando la relación de fuerzas en un momento determinado, sin perspectivas hacia el futuro ni plan de transformación social alguno. Esto evidente-

mente es falso puesto que sin considerar a Vandor un revolucionario de cualquier manera era evidente que sustentaba la teoría de un partido de masas apoyado en el movimiento sindical y, por otro lado, era consciente de que el sindicalismo politizado era el principal factor de ruptura con el sistema. (...) Como contrapartida en el sindicalismo peronista se encontraba la línea orientada por el secretario general de la CGT, José Alonso. Además, había un ala izquierda, pero en la división del peronismo se alineó con el sector alonsista. En su función concreta de secretario de la CGT, Alonso, debido a la falta de respaldo masivo, se vio obligado a rodearse por un equipo técnico, del cual él se servía para poner un centro de influencia propio a la presión de los sindicatos vandoristas mayoritarios. De este modo, podemos decir que la base de sustentación de Alonso no era de masas, sino “técnica” o “ideológica”, estirando mucho el sentido de la palabra ideología.²⁷

Como lo afirma James, si bien pueden señalarse estos matices, entre Alonso y el sector vandorista, que dominaba el movimiento gremial, “no había diferencias fundamentales. Las diferencias existentes se relacionaban en gran medida con tácticas y ambiciones personales”.²⁸

En el congreso celebrado los días 2, 3 y 4 de julio de 1970 que consagró a José Ignacio Rucci como Secretario general de la CGT, participaron del mismo: la Nueva Corriente de Opinión (ex participacionistas), el grupo de Los 8, los No Alineados, vandoristas, independientes, quedando por fuera de la estructura organizacional los combativos o duros.²⁹ Este fue el primer paso hacia el reordenamiento y reunificación sindical, que desde el levantamiento de la huelga del 1 y 2 de octubre de 1969³⁰ había ingresado en una etapa crítica con Puerta de Hierro. Juan Domingo Perón expresó en un documento “A los compañeros de las 62 Organizaciones”³¹ “Me llegan las críticas desde el sector político, al que le hemos estado insistiendo sobre la necesidad de apoyar con toda decisión los planes y las acciones de la rama sindical del movimiento. Muchos me dicen: ‘Se los apoya y se juegan las elecciones del movimiento en sus distintas localidades, para que luego dos o tres dirigentes sindicales levanten las medidas y nos dejen pagando’”.

Juan Domingo Perón condenó el levantamiento del paro al que calificó como “acto deshonesto” afirmando